

SANTIAGO POSTEGUILLO GÓMEZ¹

El nacimiento de una vestal

Roma
Marzo del año 84 d. C.

El emperador Domiciano, en su tercer año de poder absoluto, había conseguido una victoria en el norte contra los catos y hasta había celebrado un gran triunfo, pero había murmuraciones por las calles de Roma, especialmente en las noches oscuras. Se decía que los catos realmente no habían sido vencidos y que las legiones imperiales se veían obligadas a seguir luchando en el Rin. Aparentemente llegaban mejores noticias desde Britania, donde el *legatus* Agrícola, un gran general del imperio, había conseguido derrotar a los pictos en la lejana Caledonia [Escocia], pero todas estas conversaciones enmudecían cuando alguien hablaba de la condena a muerte de tres vestales que, supuestamente, habían infringido la ley al yacer con tres hombres. Éstos habían sido desterrados y ellas habían sido obligadas a elegir cada una la forma de su muerte. Una vestal que rompía su voto de castidad estaba condenada a morir enterrada viva pero el emperador, que a la vez era el pontífice máximo y decidía sobre la vida de las vestales, les permitió que cada una eligiera cómo viajar hacia el Hades, allí donde habitan los muertos. Las tres eligieron suicidarse con veneno, pero las tres se confesaron inocentes hasta el final.

Todo esto había escuchado Menenia en las largas sobremesas que seguían a las cenas a las que sus padres invitaban a todos sus amigos. Ella, con sólo siete años, no podía estar presente, era demasiado tarde, pero se escondía tras la cortina del *tablinum*, la habitación contigua al gran atrio de la *domus* [casa] de sus padres, y escuchaba atenta. Sí, era aún muy pequeña y muchas cosas de las que contaban aquellos adultos ni siquiera las entendía, pero eso no importaba. Ella imaginaba legiones enteras luchando en lejanos ríos o distantes provincias del imperio, o jóvenes vestales que debían morir por causas extrañas que aún no entendía bien. Era todo como un gran mundo mágico, el mundo de los adultos. Nunca pasó por su cabeza que todas aquellas historias que contaban los invitados

1 Universitat Jaume I. Filólogo y escritor. Premio de Literatura Histórica 2013.

de sus padres tendrían alguna vez algo que ver con ella. Y menos aún que algún día ella pudiera ser el centro de todas aquellas conversaciones.

Una noche la despertaron cuando aun debían estar lejos de la *hora prima*, la primera hora del día. Era su padre. Aquello la extrañó más. Podía escuchar a su madre sollozando en el atrio.

—Levántate, Menenia, por Júpiter, *puellula* [niña], levántate —le insistía su padre una y otra vez mientras ella se restregaba los ojos nerviosa. No entendía a qué venía todo aquello. ¿Habría un gran incendio como aquel que contaban que hubo cuando el emperador se llamaba Nerón? Sí, sin duda eso sería. Menenia reaccionó rápido y se levantó y empezó a vestirse con ayuda de una de las esclavas. Apenas hubo tiempo para peinarse o aderezarse un poco, casi de inmediato se encontró en el atrio de la residencia de sus padres en el corazón de Roma. El patio estaba iluminado por varias lámparas de aceite. Junto a la puerta del *vestibulum* por el que se salía de la casa había tres pretorianos de la guardia imperial. No se veían llamas ni se escuchaban gritos por las calles. Menenia frunció el ceño de su pequeña frente. Quizá, después de todo, no fuera un incendio. Se sintió un poco decepcionada. Encerrada casi siempre en la casa, excepto cuando salía a comprar al Foro Holitorio, el mercado de verduras, con su madre, cualquier aventura se le antojaba interesante, pero de pronto la pena se apoderó de su ser: su madre, desconsolada, seguía llorando y se arrodillaba frente a los pretorianos. Eso no podía ser bueno. Menenia empezó a sentirse más nerviosa y el abrazo desagradable y pegajoso del miedo comenzó a aferrarse a su piel. Las lágrimas emergían por sus ojitos y más aún cuando uno de los pretorianos apartó a su madre y dio varios pasos al frente acercándose a ella.

—¿Es ésta? —preguntó el pretoriano con una voz gélida. Menenia se escondió tras la piernas de su padre.

—Ésta es —respondió su padre y se hizo a un lado para que Menenia quedara a la vista del pretoriano pero cuando éste volvió a abalanzarse sobre ella, su padre habló de nuevo con una voz tan férrea y autoritaria que todos se quedaron en silencio, incluso su madre dejó de llorar —; sí, ésta es la niña que ha pedido el emperador y la querrá sin ninguna marca, sin ningún arañazo. Mi hija reúne todas las condiciones que el emperador desea; si llega con cualquier marca yo informaré personalmente al emperador que fueron los pretorianos que la recogieron los que se la causaron... y ahora aparta y deja que su padre y su madre se despidan de ella como es debido.

El pretoriano estaba firme como una estatua en medio del atrio, al igual que sus dos compañeros. La sola mención de que si le pasaba algo a la niña aquel hombre, su padre, el viejo senador Menenio Lanato, informaría al César había bastado para que los pretorianos cambiaran su actitud prepotente y se conformaran con observar y esperar.

Menenia vio cómo su padre se arrodillaba frente a ella y le daba un beso en la mejilla.

—No tengas miedo, Menenia. No te harán daño —pero su padre debió leer bien el terror en los ojos de su hija e intentó hacerle entender lo que estaba pasando—. El emperador, como pontífice máximo... —no acertaba a encontrar las palabras— te

llevan a la casa de las vestales... quizás seas elegida... quizás no... no lo sabemos, pero debes hacer... debes hacer...

De pronto la madre de Menenia, que se había rehecho por fin al ver que su marido, al menos, había conseguido neutralizar los modos violentos con los que se conducían aquellos pretorianos, se arrodilló junto a su esposo y tomó la palabra con decisión.

—Pequeña, mi pequeña, tu sólo confía en lo que te diga la Vestal Máxima. Ella es buena. Cornelia te protegerá.

Y no hubo tiempo para más. Los pretorianos se impacientaban y empezaban a moverse nerviosos por el atrio. El senador Menenio no quiso tentar más la suerte y se apartó de la niña empujándola suavemente hacia los soldados de la guardia personal del emperador.

Menenia, casi sin darse cuenta, se vio en una litera transportada por varios esclavos recorriendo las calles de la ciudad de Roma en medio de la noche. Había visto que por lo menos la custodiaban una docena de pretorianos. Nadie les haría nada, por eso no había qué temer, pero ¿adónde las llevaban?

—A la casa de las vestales —dijo Menenia para sí misma, repitiendo en voz baja las palabras de su padre, como un susurro.

Las habían desnudado a todas. Había unas veinte niñas como ella en aquella gran sala, algunas algo mayores y alguna más pequeña. Menenia cruzaba sus brazos por encima de su pequeño torso. El miedo había vuelto a superar al ansia de aventura. Al menos ya no estaban rodeadas de aquellos horribles pretorianos, ¿pero qué iba a pasar ahora? No tenía claro que quisiera ser elegida. La Vestal Máxima, su madre había dicho que sólo debía fiarse de la Vestal Máxima. Entraron dos jóvenes por un extremo de aquella sala iluminada con varias antorchas y muchas lucernas de aceite. Menenia las vio acercarse despacio. Hablaban con una voz suave. Eran hermosas.

—Daos la vuelta —dijo una de ellas. Todas las niñas obedecieron. Menenia sentía las pisadas de las vestales caminando por detrás de ellas. En el silencio se escuchaba el crepitar de las llamas en alguna antorcha que se extinguía lentamente.

—La vuelta, otra vez, por Vesta, despacio —dijo de nuevo una de las vestales.

Volvieron a pasear por delante de ellas. Al fin, una de las dos miró a la otra.

—Están bien —dijo y luego, mirando a las niñas, añadió unas palabras que aliviaron el miedo que todas sentían—. Podéis vestiros.

Pero el consuelo de las niñas duró poco. Apenas acababan de ponerse sus pequeñas túnicas cuando los pretorianos regresaron a la sala de la casa de las vestales y esta vez eran más, muchos más. Las rodearon. Menenia miraba al suelo y engullía su terror en silencio.

—¡El emperador! —anunció uno de los pretorianos que parecía su jefe y al que Menenia miraba de reojo. La silueta del César se dibujó en el umbral de la puerta que daba acceso a aquella sala. Ahora todas miraban al suelo. El emperador se paseó por delante de ellas igual que antes habían hecho las vestales.

—¿Hay veinte? —preguntó el César a un veterano consejero que caminaba detrás de él.

—Sí, César. Veinte niñas vírgenes. Es lo estipulado en la ley Papinia...

—Conozco las leyes de Roma, Partenio —le interrumpió el César—; no es necesario que me las recuerdes. ¿Dónde están las hijas de Salvidieno Orfito y de Salvio Coceyano?

El consejero asintió. Ahora lo entendía todo. El César no había tenido suficiente con ordenar la ejecución de tres vestales contra las que no había pruebas evidentes de que hubieran incumplido el voto de castidad, sino que ahora iba a usar las vacantes que habían quedado entre las sacerdotisas para seleccionar a hijas de senadores enemigos para, de esa forma, tener en sus manos las vidas de sus hijas por ser el emperador también el pontífice máximo de las vestales; así controlaría también a esos enemigos que no se atreverían a hacer nada contra el César por temor a que éste se vengara luego ejecutando a sus hijas que acababan de ser seleccionadas como vestales.

—¿Por qué me miras así, Partenio? —preguntó Domiciano, el emperador de Roma— ¿Acaso no reúnen sus hijas todas las condiciones para ser vestales?

—Las veinte las reúnen —respondió el consejero. El emperador sonrió.

—Las veinte reúnen las condiciones necesarias, sin marcas en su cuerpo, sin ningún problema de dicción y —aquí el César habló más despacio— con sus padres vivos.

—Así es —confirmó el consejero.

—Pues si es así, ordeno que las hijas de Salvidieno y Salvio sean seleccionadas.

—Sí, César —confirmó el consejero y luego miró a las niñas y las llamó—: hijas de Salvidieno Orfito y Salvio Coceyano, dad un paso a delante.

Dos niñas, algo mayores que Menenia se adelantaron, tímidamente, al resto del grupo. El consejero volvió a hablar.

—Pero, César, hay que seleccionar a tres, pues tres son las que han sido ejecutadas.

—Tres han sido las que han incumplido su voto de castidad —le corrigió el emperador, pero como fuera que en el número su consejero llevaba razón, el César se detuvo y se volvió hacia la niña que estaba justo en ese momento frente a él. Esa niña era Menenia. —Ésta misma servirá— dijo el César y, sin tan siquiera detenerse a ver cómo la pequeña levantaba la mirada del suelo, Tito Flavio Domiciano, *Imperator Caesar Augustus*, abandonó la casa de las vestales sin reparar en que acababa de cambiar el destino de una persona.

Menenia estaba sentada en un pequeño taburete. La habían conducido al mismísimo Templo de Vesta y junto a ella resplandecía la llama sagrada de Roma. Menenia estaba muerta de sueño, un sopor que parecía aún más fuerte que el miedo. Nadie le había pegado, ni siquiera la habían tocado y, aunque no lo supiera, ahora sería sacrilegio que algún hombre la tocara durante años, pero eso aún se le escapaba. Aquel amanecer Menenia sólo pensaba en su madre y en dormir y no

podía conseguir ninguna de las dos cosas. Entró entonces otra vestal, mayor que las demás y se situó frente a ella, en un *solium*, una gran silla con un poderoso respaldo y dos reposabrazos robustos.

—Nunca debe apagarse —dijo la vestal. Menenia asintió. Aquella mujer tenía una voz agradable, fuerte y a la vez suave. Menenia la miró y parpadeó varias veces antes de volver a bajar la mirada. La vestal volvió a hablar—. Si se apaga el fuego sagrado, la vestal que está a cargo en ese momento de la llama de Vesta recibe cien azotes —pero antes de que Menenia pudiera empezar a asustarse de nuevo, la mujer añadió unas palabras—, pero tú debes ser buena vigilando, ¿verdad?

Menenia asintió otra vez.

—¿Eres valiente? —preguntó la vestal.

—Sí —dijo la pequeña en voz baja, pero con la fuerza del orgullo de una antiquísima familia patricia romana. La vestal sonrió y miró hacia el fuego de Vesta. Las sombras temblaban al ritmo de aquellas llamas. Por la puerta entraba la luz del amanecer. Había sido una noche intensa para todos, especialmente para aquellas niñas.

—¿Sabes quién soy? —preguntó la vestal.

Menenia dudó antes de responder.

—¿Una... vestal? —dijo en murmullo. Fue la mujer ahora la que asintió despacio.

—Sí, pero no una vestal cualquiera: soy Cornelia, la Vestal Máxima y tú eres... Menenia, ¿no es cierto?

La niña, en su ingenuidad, se sorprendió de que aquella sacerdotisa supiera su nombre, pero no tuvo ocasión de admirarse por mucho tiempo, pues la Vestal Máxima volvió a hablar.

—¿Qué te dijeron tus padres antes de venir aquí?

Menenia recordó las últimas palabras de su madre en el atrio.

—Que hiciera caso a lo que la Vestal Máxima dijera... eso dijo mi madre... dijo que eras... dijo que la Vestal Máxima era buena.

Cornelia se levantó y caminó alrededor de la llama sagrada.

—Recuerdo a tu madre —dijo; la mirada de Menenia la seguía con atención—. Yo también fui niña. Tú madre y yo fuimos amigas cuando teníamos tu edad —se detuvo y miró a la pequeña—. Yo cuidaré de ti —y reemprendió su paseo alrededor de la llama sagrada hasta sentarse de nuevo frente a ella— Me has dicho que eres valiente. Yo creo que sí lo eres. Tu madre lo era. Seguramente lo sigue siendo —y miró al techo del templo mientras hablaba—, debe de haber sido duro para ella, así, de esta forma, en medio de la noche, de modo inesperado. El pontífice máximo, el emperador no es... —pero calló. Cornelia sabía que las paredes de los templos tenían oídos. Volvió a mirar a la niña—. Mañana, pequeña, tendremos que cortar ese precioso pelo oscuro que tienes y que hace honor al *cognomen* [apellido] de tu familia, *Lanatus* [lanudo] y, por fin, tendremos que suspenderte, durante un instante, sin hacerte daño, pero tendremos que hacerlo, colgarte, suspender tu cuerpo de un árbol.

Menenia sorprendió a la Vestal Máxima con una pregunta inesperada.

—¿Por qué? —dijo la niña. La mayoría de las niñas se ponían a llorar en cuanto

se les decía que se les iba a cortar el pelo o que se las iba a colgar de un árbol. Ninguna preguntaba por qué.

—Eres digna hija de tu madre —respondió la Vestal Máxima—. Colgarás de un árbol durante unos instantes para que entiendas, para que todos sepan, que ya no dependes de tus padres sino sólo de Roma misma. A partir de mañana serás tú Roma y Roma vivirá en ti. Durante diez años aprenderás todo lo que una vestal debe saber. Durante otros diez años ejercerás como sacerdotisa del Templo de Vesta y, finalmente, durante otros diez años más instruirás a las nuevas vírgenes que sean elegidas. Luego serás libre, serás una ciudadana romana libre y siempre respetada por todos.

Menenia la miraba con los ojos vidriosos. Tenía sueño, tenía miedo, tenía cansancio. La Vestal Máxima se levantó.

—Sígueme —dijo y la niña caminó detrás de la silueta de aquella enigmática mujer.

Menenia se acostó en un lecho limpio y cómodo. Cerró los ojos pensando en su madre. Quizá todo fuera un sueño.

Cornelia, la Vestal Máxima de Roma, entró en la habitación de las nuevas sacerdotisas una hora después. Las tres dormían. Cuando pasó junto al lecho de Menenia se agachó y la tapó bien con la manta. Luego se quedó un instante mirándola. Había nacido una nueva vestal y eso siempre traía esperanza.